



Seix Barral

# Anna Gavalda

---

## A corazón abierto

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# **Anna Gavalda**

## **A corazón abierto**

Traducción del francés por  
Isabel González-Gallarza

---

Título original: *Fendre l'armure*

© le dilettante, 2017

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 237: © *My Heart Can't Take It No More*, © 2000 Universal Motown Records,

una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Supremes

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-322-3338-8

Depósito legal: B. 4.338-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

—Déjalo, tía. No insistas.

No me apetecía nada ir. Estaba agotada, me veía fea y, además, no me había depilado. En esos casos no me siento nada segura y, como sé que no voy a comerme un rosco, siempre acabo con un ciego de espanto.

Ya lo sé, soy demasiado tiquismiquis, pero es que no puedo con estas cosas: si no estoy perfecta, ingles incluidas, paso de abrirme a nadie.

Y encima me había rayado con el imbécil de mi jefe mientras terminaba de limpiar las jaulas, y eso me había dejado de muy mala leche.

Era por la nueva gama de CaninaPro, la Puppy Sensitive.

—No pienso vender eso —le repetía yo—, no pienso vender eso. Es una tomadura de pelo. «Contribuye al desarrollo del cerebro y de la vista» —releí, devolviéndole su puñetera bolsa de comida para perros a veintisiete euros los tres ki-

---

los. Al desarrollo del cerebro, menuda chorrada; si fuera verdad, se la tendrían que comer ellos, los muy gilipollas.

Mi jefe se había alejado mascullando: que si su informe, que si mi conducta, que si mis modales, que si mi contrato indefinido, que no lo voy a conseguir en la vida, y blablablá, pero me traía al paio. No puede echarme, lo sabe tan bien como yo. Desde que trabajo ahí, los beneficios se han duplicado, y me he traído a toda mi clientela anterior, así que...

Que fiche tu madre.

No sé por qué se pone así con este proveedor. Me imagino que el comercial le prometerá un montón de cosas. Que si fundas de móvil en forma de hueso, pasta de dientes para su caniche o fines de semana en la playa... O, mejor aún, un fin de semana en la playa disfrazado de cursillo de ventas, para echar una cana al aire lejos de la parienta.

Es su estilo...

Estaba en casa de mi amiga Samia, comiéndome los dulces que prepara su madre mientras la miraba alisarse el pelo mechón a mechón a mechón. Se tiraba horas. Comparado con eso, llevar velo parece un acto de liberación de la mujer. Me lamía los dedos llenos de miel y admiraba su paciencia.

---

—Pero... ¿es que ahora vendéis cosas para padres? —me preguntó.

—¿Cómo que para padres?

—Eso que has dicho de la comida para perros...

—No, hombre. *Puppy*, no papi. *Puppy* quiere decir cachorro en inglés.

—Aaaah, vaaale —se reía—. Bueno, ¿y? ¿Qué problema tienes con eso? ¿Es que no te gusta el sabor o qué?

—...

—Venga, tía, no te rayes. Sólo era una broma. Y vente conmigo esta noche. Andaaaa... Porfaaaa... Venga, Lulu... Por una vez no me dejes colgada.

—¿En casa de quién es?

—Del antiguo compañero de piso de mi hermano.

—Si ni siquiera lo conozco.

—Ni yo, pero ¡qué más da! ¡Echamos un ojo al material, elegimos, nos los rifamos y luego nos lo contamos!

—Conociendo a tu hermano, seguro que sólo van pijos...

—¿Y qué? ¡Los pijos molan! ¡Carne de primera, señorita! No hace falta invitar a ciento y la madre para encontrar uno solo que merezca la pena, y luego por la mañana los hay que hasta te traen el desayuno a la cama.

No me apetecía un pimiento. No me atrevía a decírselo, pero tenía un montón de episodios

---

atrasados de *Sexy Nicky* por ver y estaba hasta el gorro de esos planes de muertas de hambre.

Me deprimía tener que volver a coger el tren de cercanías, tenía frío y estaba hambrienta, apesataba a caca de conejo y sólo quería acurrucarme en mi cama yo solita a ver mi serie preferida.

Dejó la plancha para el pelo y se arrodilló delante de mí, juntando las manos en un gesto de súplica y poniendo morritos.

Vaaaale.

Me fui hacia su armario suspirando.

La amistad.

Lo único que contribuye al desarrollo de mi cerebro.

—¡Ponte mi top de Jennyfer! —me gritó desde el cuarto de baño—. ¡Seguro que te queda de muerte!

—Mmm... ¿Cuál, el de putingui?

—Qué dices, si es precioso. Además, delante tiene un animalito de lentejuelas. ¡Te va a quedar genial, ya lo verás!

Bueeeeno.

Le cogí prestada su maquinilla para afeitarme las ingles, me di una ducha y embutí mi delantera como pude en su camiseta de la talla XXS con gatito de lentejuelas.

Al llegar al portal, donde los buzones, me volví a mirarme al espejo para comprobar que me asomara del pantalón la barbita de Mumú.

---

Anda, pues no asomaba... Tuve que bajarme un poco la cintura del vaquero.

Me encantaba ese tatuaje. Era Muchu (creo que en realidad se escribe Mushu) (el dragón de Mulan) (esa peli la habré visto por lo menos mil veces, sin coñas, y siempre lloro. Sobre todo cuando se entrena y consigue trepar a lo alto del poste).

El tío que me lo tatuó me juró que era uno de verdad, de la época Ming, y yo me lo creo porque él también es chino.

—Guaaaauuuu... Estás tremenda.

Como era mi mejor amiga, no di mucho crédito a su cumplido, pero cuando vi la cara del tío que salía del ascensor, comprendí que sí, que Sami no exageraba.

El tío estaba que le iba a dar algo.

Sami le señaló la pared:

—Eh, oiga... Ahí tiene el extintor...

Para cuando por fin pilló la broma, ya estábamos en la calle, corriendo hacia la estación, muertas de risa, cogidas de la mano con fuerza porque con los taconazos que llevábamos parecíamos Bambi y Tambor en *Holiday on Ice*.

Pillamos el tren Zeus de las 19.42 y nos aseguramos de que, si nos cogíamos un buen ciego, pudiéramos volver en el de las 00.56. Luego Samia sacó sus sudokus, y nos enfrascamos en ellos en plan «paso de todo, ni me mires», porque si no es que no nos dejan en paz en todo el viaje.



---

## 2

Un plan de pijos, y tanto. Tuvimos que teclear por lo menos cuatro códigos en cuatro puertas antes de poder acceder a las patatas fritas.

¡Cuatro!

En comparación con esa casa, la comisaría de Bobigny era la granja de Playmobil.

En un momento dado hasta pensé que íbamos a tener que pasar la noche detrás del cubo de basura amarillo. Estaba que me subía por las paredes. El típico plan birria de Sami.

Menos mal que salió un tío para sacar a mear a su schnauzer enano, que, si no, aún seguiríamos ahí.

Nos abalanzamos sobre él. Menudo susto se llevó el pobre. Pero si yo no aplastaría jamás a un animal. Y eso que reconozco que los schnauzer no me molan mucho que digamos. Nunca me han gustado los perros de pelo duro. Tener que acicalarles la barba, los bigotes, el pelo de la tripa, las patas y tal me parece un coñazo de espanto.

---

Después de que armáramos jaleo en cada telefonillo, acabaron por dejarnos entrar, y una vez dentro, al calorcito, no tardamos nada en ponernos a tono.

Mientras me tomaba una copa de ponche tibio bastante asqueroso barrí la habitación con la mirada para calibrar la mercancía que se me ofrecía.

Bah. Echaba de menos mi serie. No había más que niños de mamá. Para nada mi estilo.

Era un rollo de artistas o algo así. La exposición de fotos de una tía que se había pirado a la India o no sé dónde. No me fijé mucho. Para una vez que estaba en un barrio con clase no tenía ganas de seguir viendo pobres.

Para pobres tenía de sobra con los de mi barrio.

Sami ya se estaba trabajando a una especie de gótico con tupé que le había robado el rímel a su mamá (aunque yo, francamente, no le veía muchas posibilidades de éxito con ese tío que parecía sacado de un carnaval), cuando me fijé en que su Draculita con clavos tenía al lado a un colega vestido de Gucci.

Y ése sí que valía la pena.

Porque me conozco yo a menda lerenda: sólo de pensar que, por primera vez en su vida, iba a poder codearse con un cinturón de Gucci auténtico... Estaba claro que se lo iba a poner en bandeja.

Era un polvo cantado.

---

Para no parecer que estaba más sola que la una, fui a echarle un vistazo a la casa.

Bah.

No había más que libros.

Me compadecía de la asistenta...

Me incliné para ver la foto de un gato. Era un sagrado de Birmania. Se veía por los piecitos blancos. Me gustan mucho, pero son frágiles. Y cuestan un ojo de la cara... Por el precio de un sagrado tienes dos siameses, te salen carillos esos piecitos tan monos. Eso me recordó que todavía tenía sin desembalar los arañadores y los árboles de cuerda. Pfff... No me queda sitio en esa sección. Tendré que esperar a que dejen de estar en promoción los...

—Te presento a *Arsène*.

Joder, qué susto me dio el muy imbécil.

No lo había visto. Era el tío sentado en el sillón justo detrás de mí. Estaba oculto en la oscuridad, sólo se le veía la pierna. Bueno..., ni siquiera, sólo unos calcetines de vieja y unos botines negros. Y una mano en el reposabrazos. Una mano grande que jugueteaba con una cajita de cerillas.

—Mi gato. El de mi padre, para ser más exactos. *Arsène*, te presento a...

—Mmm..., Lulu.

—¿Lulu?

---

—Sí.

—Lulu... Lulu... —repitió con un tono en plan misterioso—, Lulu puede ser Luce o Lucie. Lucille quizá... O incluso Ludivine... A no ser que sea..., ¿Lucienne?

—Ludmila.

—¡Ludmila! ¡Qué suerte la mía! ¡Una heroína de Pushkin! ¿Y qué hay de su Ruslán, querida? ¿Sigue buscándola con ese pillo de Rogdai?

Socorro.

Joder, siempre me tocan a mí los más raros. Tú lo has dicho, chaval. Qué suerte la mía.

—¿Cómo? —dije yo.

Se levantó, y entonces vi que de tipo no era para nada como me esperaba después de verle los pies. Era monísimo incluso. Pero, joder, mejor que hubiera sido feo.

Me preguntó si quería tomar algo, y cuando volvió, con dos vasos que no eran de plástico sino de cristal de su cocina, salimos a fumar al balcón.

Le pregunté si lo de *Arsène* era por Arsène Lupin y sus guantes blancos, para que se diera cuenta enseguida de que no era tan tonta como parecía, y vi como una sombra de decepción empañarle la mirada. Me felicitó, exagerando un montón, pero saltaba a la vista que estaba pensando: «Mierda, tirarme a esta tonta no me va a ser tan fácil como creía».

---

Pues sí. No hay que fiarse de las apariencias. Soy vulgar, sí, pero es mi uniforme de camuflaje. Como los geckos en los troncos de árbol, o los zorros del Ártico, que cambian de color en invierno, mi lado llamativo no es mi yo verdadero.

Hay unas gallinas, no me acuerdo de cómo se llaman, que tienen plumas detrás de las patas para borrar sus huellas conforme avanzan; pues a mí me pasa lo mismo, sólo que en sentido contrario: lo borro todo antes incluso de establecer contacto con alguien.

¿Por qué? Porque mi cuerpo siempre falsea mi naturaleza.

(Y más todavía cuando me pongo las camisetas ceñidas de mi amiga Samia, las cosas como son.)

Así es que empezamos hablando de su gato, y luego de los gatos en general, y de ahí pasamos a los perros, y blablablá, que si son menos nobles pero mucho más cariñosos, y de ahí, horror, llegamos a mi trabajo.

Le flipó saber que era la responsable de todos los animalitos del Animaland de Bel-Ébois.

—¿¿¿De todos???

—Pues sí... Los cebos de pesca, los perros, los conejillos de Indias, los gerbillos, las carpas, las cotorras, los canarios, los hámsteres y... los... los conejos..., los conejos enanos, carnero, angora... ¡Y un montón más que se me olvidan ahora por culpa del ron!

---

(En realidad no soy la responsable de verdad pero, como él vivía enfrente de Notre-Dame y yo detrás del Estadio de Francia, me sentí obligada a equilibrar un poco las cosas.)

—Es fantástico.

—¿El qué?

—Quiero decir que es pintoresco, vaya. Es novelesco.

«¿Tú crees?», pensé. Acarrear, etiquetar, levantar, apilar sacos de comida casi tan pesados como yo, aguantar a los clientes, a los criadores estúpidos que siempre se creen que saben más que nadie, a los adiestradores de perros que te dan la tabarra con sus tarifas, a las viejas que te dan la brasa durante horas con sus historias de gatas abandonadas, y a los que te piden que les cambies el hámster muerto de sus críos suspirando irritados porque no es del mismo tamaño. Aguantar a los jefes, descubrir cómo te cambian los horarios de trabajo por culpa del lameculos de turno, pelear por tener derecho a un descanso, dar de comer a todos los animales, comprobar los abrevaderos, separar a los dominantes, rematar a los moribundos, deshacerme de los muertos y cambiar más de setenta lechos al día, todo eso de verdad era —¿cómo había dicho?— ¿pintoresco?

Pues debía de serlo, porque me hizo un millón de preguntas.

---

Que si qué era eso de las nuevas mascotas, y si era verdad que la gente criaba pitones y cobras en sus apartamentos, y si de verdad funcionaba lo de los caramelos de menta para los perros, porque el labrador de su abuelo apestaba que no veas (no decía «mi abuelo» cuando hablaba de él, sino «mi abuelito», como pone en las etiquetas de los tarros de mermelada para pijos; quedaba de lo más mono), y si me gustaban las ratas, y si era verdad que la película *Ratatouille* había suscitado una auténtica fiebre por las ratas, y si ya me habían mordido alguna vez, y si estaba vacunada contra la rabia, y si había cogido una serpiente, y qué razas se vendían mejor, y...

¿Y qué pasaba con los que no conseguíamos vender?

¿Qué hacíamos con los cachorritos cuando crecían?

¿Los matábamos?

¿Y los ratones? ¿Se los dábamos a los laboratorios cuando teníamos demasiados?

Y si era verdad que la gente tiraba las tortugas por el váter, que si los punks con perro eran tan malos como los pintaban, que si a los conejos les gustaban las plantas de cannabis, que si se paseaban cocodrilos por las alcantarillas de París y..., y...

Y yo estaba medio pedo. Pero en plan bien.

Contentilla, vamos.

Y, como me encanta mi trabajo, pues no me importó volver a ponerme la bata blanca. Incluso en un piso de ricachones y mucho después de la hora de cierre.

---

Le hablaba de todas mis secciones, desde el serrín del suelo hasta el techo, y él me escuchaba con mucha atención, repitiendo: «Grandioso, grandioso».

Grandioso.

—¿Y los peces también?

—Los peces también —asentí.

—Vamos. Descríbeme el artículo.

Era extraño. Me lo estaba pasando genial, y eso que ni siquiera estaba borracha.

Era..., ¿qué era lo que había dicho?

*Pintoresco.*

—Pues mire, caballero, antes de nada tiene que elegir entre agua de mar o agua dulce, porque la cosa cambia. Pero para un acuario medio decente le recomiendo el precioso pez ángel, que se desplaza majestuosamente con sus largas y elegantes aletas, y el pez disco, en forma de disco, como su propio nombre indica, que es verdaderamente magnífico... Y el danio, el barbo, el rasbora, el tetra neón, que son auténticas joyas con reflejos fluorescentes, como luciérnagas pero acuáticas... Sin olvidar los otocinclus, esos grandes limpiadores, comedores de algas, y los hypos-tomus, que limpian las paredes, y..., esto..., a mí también me gusta el botia, con su cuerpo rayado con tres franjas negras, muy elegante, pero éste es más bien un pez de fondo de acuario. No suele



---

dejarse ver. Y los guppys... Y los guramis. Pero hay que tener cuidado con ellos, porque dan problemas. Tienen tendencia a zamparse a los neón, precisamente. De todas maneras, le aconsejo que los críe todos juntos y que los compre cuando son pequeños. Naturalmente, también le ofrecemos una gran selección de acuarios: Aquatlantis, Nano, Eheim, Superfish, más todos los accesorios disponibles en el mercado, así como una amplia selección de importaciones exclusivas. Gravilla, cantos rodados, algas, plantas, decorados, sistemas de filtrado, calentadores de agua, bombas de aire y kits de pH. Como ve, tenemos de todo...

Era la primera vez que me topaba con alguien tan interesado, fascinado incluso, por mi día a día.

Mi reserva al fondo de la tienda, mis kilómetros a pie, mi cansancio, mis preocupaciones de higiene, mis problemas de sarna, de tiña, de gripe felina y todo lo demás. Además, creo que su interés era sincero. Que no fingía. Si no, nos habríamos dado cuenta antes de que estábamos pelándonos de frío, charlando así en el balcón, con vistas a los tejados de París en pleno invierno.

No digo que no me mirara disimuladamente, pero era..., cómo decirlo... Sus miraditas eran como él mismo: amables. Y eso también me tenía descolocada. Mi delantera y yo no estábamos acostumbradas a tan buenos modales.

---

Como estaba tiritando, me propuso que entráramos, y volvimos a la música y al humo.

No le había dado ni tiempo a cerrar la cristallera, cuando una tía superflaca se dirigió a él, preguntándole entre gemidos y medio histérica que dónde se había metido, que qué estaba haciendo, que por qué la música era tan ma..., y entonces se interrumpió porque acababa de fijarse en mí.

A la muy pájara se le quitó el pedo de golpe.

—Ah, perdón —dijo con una mueca—, no sabía que estabas en..., mmm..., en tan *buena* compañía...

(Sí, sí. No me engañaban mis oídos. De verdad recalcó lo de «buena», la muy zorra.)

Y él contestó con una sonrisa felina:

—No. No lo sabías.

Ella me miró, estirando su boca para dedicarme una sonrisa amable que venía a decir: «Hormonas en acción, territorio marcado, así que la gorda esta se larga ahora mismo o le parto la cara», y luego se agarró de su brazo para remolcarlo hasta donde estaban los demás.

Aproveché para buscar a Sami, pero sin éxito.

Igual iba ya rumbo a Italia vía Triángulo de las Bermudas...

Ya no quedaba nada de comer, la música de verdad daba asco, en plan ruidosa pero sin molestar a los vecinos, eso sí que no, y los invitados se habían aglomerado en grupitos supercerrados.